

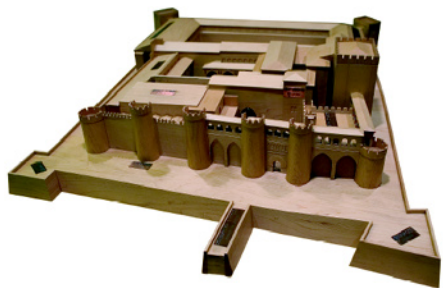


El conjunto arquitectónico es una muestra irrepetible de la delicada belleza del arte islámico y un reflejo certero de la historia de Zaragoza. Visitar el palacio significa sumergirnos en esplendores y derrotas de la milenaria ciudad.

La Aljafería:

memorias de la Medina al-Bayda

Texto: MARCOS ESPAÑOL
Fotos: SANTIAGO CABELLO



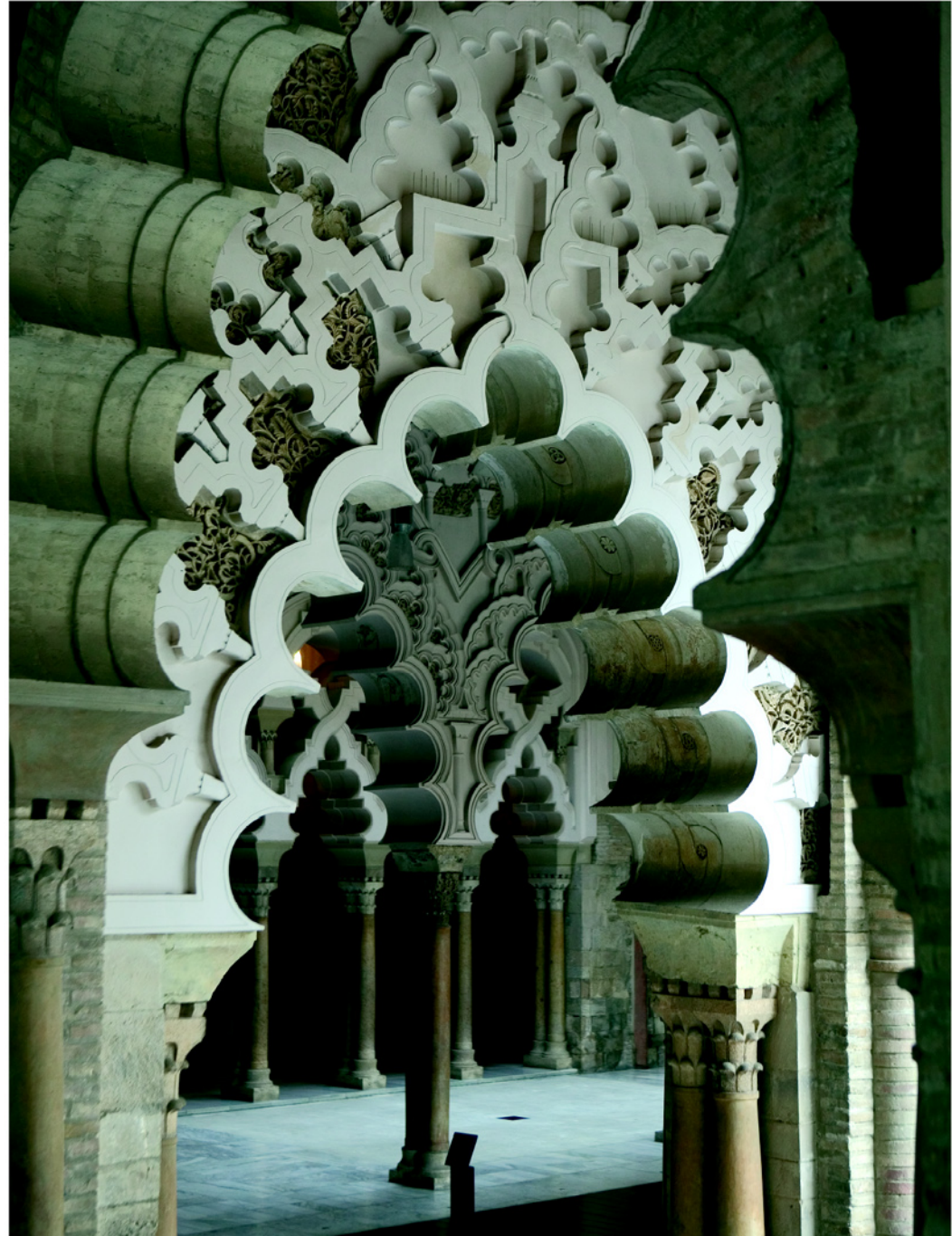
Bajo estas líneas:
el pórtico Sur, frente al
patio de Santa Isabel,
imita en el complejo
trabajo de sus arquerías
la riqueza botánica
del exterior.

En la siguiente página:
Los inimitables arcos
lobulados juegan con la
luz como si de un baile se
trata y contribuyen
al hábito de magia
que desprende
el pórtico Norte.

Corría el año 94 de la Hégira cuando el valí Musa ibn Nusayr, al mando de su ejército musulmán, conseguía la hazaña de conquistar la ciudad que, a partir de entonces, sería conocida como "La Blanca": la Medina al-Bayda, Saraqusta, nueva capital de la Marca Superior de al-Andalus. Largo tiempo permanecería la aldea bajo la protección de Alá, el Compasivo, el Misericordioso, ya fuera gobernada desde Damasco, desde Córdoba o por sus propios reyes. Huertas y acequias invadieron los barrios, y los pálidos muros empezaron a lucir ante el auge del verde como nunca antes lo habían hecho. El aire

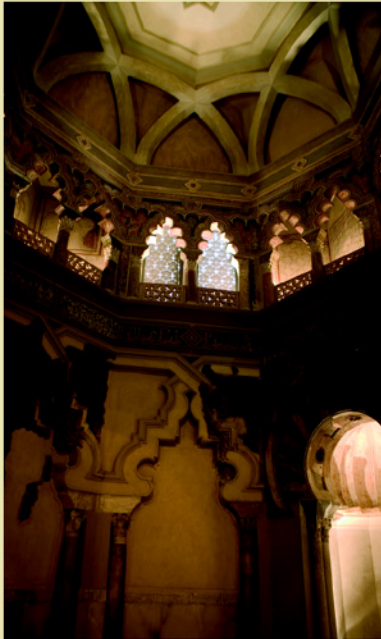
se pobló del aroma del jazmín, de azahares y alhélfs, en cuyo alborozo se proyectaría la construcción de un alcázar para defender la ciudad.

Qasr al-Surur, "Palacio de la Alegría", fue el nombre de lo que hoy conocemos como la Aljafería (al-Yafariyya) en recuerdo de Ahmad Abu Yafar ibn Sulayman, segundo monarca de la dinastía de los Banu Hud, quien emprendió la construcción del palacio taifal en el siglo XI a partir de las edificaciones defensivas anteriores (s. IX). Comenzaría así la etapa más brillante de la milenaria historia de la alcazaba, convertida en una refinada corte de artistas, científicos e intelectuales, tanto musulmanes y judíos.



*Vaguemos a la sombra de las parras // dejándonos vencer
por el deseo // de contemplar imágenes radiantes // en un
palacio erguido sobre sus alrededores. // De ricas piedras
hecho, // que fue planificado con justicia, // sus muros y
cimientos de fuertes torreones. // Se abre una explanada en
su contorno; // parterres de narcisos sus patios engalanan; //
sus cámaras, que han sido construidas // están
pavimentadas de mármol y de pórfido // y no puedo contar
los pórticos que tiene. // Sus puertas son cual puertas de
ebúrneos pabellones, // bermejas como el sándalo de santos
tabernáculos. // Traslúcidas ventanas, que tienen sobre
ellas // lucernas, y en las cuales los astros se avecinan. //
La bóveda, cual telamo de Salomón, está // colgada del
ornato de las cámaras; // parece que da vueltas girando
entre los brillos // de alabastros, zafiros y bedelios.*

Selomó ibn Gabirol



El oratorio octogonal, a pesar de sus reducidas dimensiones y los demasios que ha sufrido a lo largo de la historia, compendia en sí mismo toda la magnificencia del arte islámico de la Aljafería, destacando el hermoso arco en herradura que da paso al mihrab.



Alabastros, zafiros y bedelios

Nadie más apropiado para hablarnos de la Aljafería taifal que Selomó ibn Gabirol, poeta judío de la corte saraqusí de Mundir II, cuyas palabras podrían parecer poco verídicas, no en vano es poeta y no perito, pero su texto consigue transmitir como pocos esa magia exótica, ese lujo embrujado y sensual que solemos atribuir a lo islámico. Sin duda así era el palacio, y el tiempo no ha logrado borrar las huellas pese a su empeño. Hoy, en el patio de Santa Isabel, frente a los arcos del pórtico sur que se entrecruzan en formas lobuladas y mixtilíneas, a la sombra de un naranjo, se percibe todavía la magia de aquel apogeo cuya seducción se halla en la delicada e irresistible belleza que invade cada espacio.

Tiene el arte islámico obsesión por lo hermoso, por la hermosura en sí, por esa razón todo detalle contribuye a magnificarla. Si miramos desde el patio al pórtico Norte, los sucesivos espacios diáfanos y oscuros que crean las arquerías, a modo de pantallas visuales, nos sumergen en el misterio y la riqueza de aquella corte que habitó el Palacio de la Alegría entre alhajas, azulejos y conversaciones sobre la cifra o el álgebra.

Resulta lógico pensar que lo que se encuentra detrás de esas sucesivas regiones de luz y sombra constituía un lugar importante en el conjunto taifal. Así era: el pórtico Norte guarda en su fondo, una vez sorteado el bosque de columnas, el salón Dorado o de los Mármoles, en el cual

El salón Dorado, la estancia del rey en época taifal, debe su nombre a la riqueza cromática con la que estaba decorado: rojo y azul se acompañaban al oro sobre las placas de alabastro y, en la techumbre, estrellas pintadas sobre un fondo azul recreaban el Universo.